

Pabellón es conmemoración, celebración, fiesta y festividad. Punto de encuentro. Congrega, es abierto, dialoga e interactúa. Es una reunión de extraños huyendo del anonimato. Es una multitud de cuerpos que se funden en uno solo.

El pabellón se monta y desmonta. Se construye colectivamente y seduce los sentidos. Razona, negocia y piensa con los sentidos. Propicia experiencias. Celebra la estética.

El pabellón actúa, arriesga, camina, fracasa, aprende y vuelve a caminar. Es una acción lúdica y de creación colectiva. Narra, conversa, exhibe, significa, performa y promete.

El pabellón fue efímero, pero se volvió permanencia. Escapó de la condena espacio temporal de su concepción y sobrevivió como icono. Soñó con industrias y cosechas. Hoy celebra y crea nuevas identidades, cuerpos y ciudadanías.

El pabellón es construcción material e inmaterial. Está en construcción y seguirá en construcción. Es escala, materia, forma y experiencia a la vez. Es la gente. Sin gente no hay pabellón.

El pabellón es concreto e incierto. Es diverso y diversifica. Subvierte y divierte. Crea y co-rea. El pabellón es un proceso de pensamiento. Es pensamiento hecho creación.

Pabellón 2026:

Aprender, (des)aprender y (re)aprender

Desaprender no es un vacío, es un temblor. Una alteración (grande o pequeña) en el modo en que la mirada se posa sobre las cosas. Ya Bertolt Brecht lo sabía cuándo escribió sus Piezas Didácticas no para un público, sino para un grupo dispuesto a cuestionarse mutuamente. Allí, en ese territorio sin espectadores, el aprendizaje no avanzaba por acumulación, sino por derivas. No se trataba de perfeccionar una técnica ni de confirmar una convicción, sino de hacer tambalear la seguridad que cada uno traía. En esas pequeñas comunidades efímeras, Brecht descubrió que la enseñanza más radical no era la que añadía saber, sino la que producía una grieta.

En la grieta, algo respira. Algo se mueve.

Algo que no responde a la lógica del hábito.

Se trata de provocar desplazamiento, no tanto de enseñar “contenidos”, destripando la maquinaria que naturaliza el mundo. Romper la transparencia de los actos cotidianos y, así, hacerlos problemáticos, casi extraños, como si fueran anacrónicos de repente bajo la luz del ensayo. Pensar es detenerse, pero también desacostumbrarse. Sólo después de deshacerse de la segunda piel –esa que no vemos pero que organiza la percepción– puede aparecer el espacio donde algo nuevo respire.

Fredric Jameson intuyó aquí cómo desnaturalizar la ideología. No la ideología como doctrina, sino como textura invisible de nuestras categorías, de nuestros métodos, de nuestras intuiciones más íntimas sobre lo que cuenta y lo que no. Desaprender es, entonces, abrir una fisura en esa textura, habitar la sospecha de que aquello que parece eterno tal vez sólo sea una invención muy reciente. Que lo que tomamos por naturaleza es, en realidad, historia.

Desaprender se vuelve una práctica crítica. Un modo de desnudar la genealogía de nuestras certezas. Una forma de mirar los andamios de nuestros pensamientos con la misma extrañeza con la que miraríamos una maquinaria olvidada en medio de unas ruinas. Cuando desaprendemos, algo se desajusta: los modelos mentales, ese pequeño teatro interior, empiezan a mostrar sus costuras.

Es ahí, cuando desaprender se vuelve también una forma de cuidado. Un gesto de hospitalidad hacia lo que todavía no sabemos. Un acto de suavidad frente a lo que podría llegar, frente a lo otro.

Brecht insistía en que la educación no debía consolidar hábitos, sino animar disposiciones. Ensayar otras formas de mirar, de actuar, de escuchar. Crear la condición para que lo inesperado encuentre un lugar donde arraigar. Desaprender, entonces, no es perder, es abrir campo. Permitir que la experiencia vuelva a ser una pregunta.

En tiempos donde nuestros aprendizajes inerciales y consolidados se confunden con nosotros mismos, el desaprendizaje se propone como un ejercicio emancipador. Un modo de retirarse un instante del ruido de lo sabido para escuchar la vibración de lo que todavía no tiene nombre. Quizás, como en las antiguas Piezas Didácticas, se trate

nuevamente de formar pequeñas comunidades que ensayan, que dudan, que se contradicen, que prueban y fallan, sin la presión de exhibir resultados.

Un grupo que se permite no saber.

Un grupo que se permite desacostumbrarse.

Un grupo que descubre que, al desaprender, algo esencial vuelve a moverse.